



**Antonio Aguilar: *Canciones para el día de después*. Madrid. Huerga y Fierro editores, 2018, pp. 78.**

«Conmueve todo lo que cambia» (Aguilar, A. 2018: 45), nos dice Antonio Aguilar en el poema «Principio y fin del miedo» del poemario *Canciones para el día de después*. «Conmueve todo lo que cambia» (Aguilar, A. 2018: 45), como la propia poesía de Aguilar con este libro. El tono, la decepción, el dolor... todo ello frente a la luminosidad. Y al mismo tiempo, sin embargo, es luminoso. Ilumina, da un sentido a aquello que nos cuenta. Conmueve todo lo que cambia, y en esencia, no ha cambiado. Está aquí, con nosotros, se nos muestra. Se nos muestra a pesar de la gravedad. Denso, pero conforme. Sereno.

Antonio Aguilar, un poeta luminoso, llega en esta ocasión con lo oscuro. Encontramos en este libro una atmósfera general que nos lleva al frío, a la frialdad. Estas cuestiones que podemos comprobar, entre otros, en poemas como «Año de nieve», «La belleza del marido», «Canción de cuna»... Y a pesar de esto, como decíamos, Antonio nos ilumina.

Puede que los lectores crean que con este libro todo en la poesía de Aguilar ha cambiado. Pero no es así. En sus poemas permanece la cotidianeidad, un rasgo que se mantiene en toda su obra, tanto en la anterior como en esta última. Nos cuenta, por ejemplo, cómo –cuando uno está leyendo un libro (el de Anne Carson, en esta ocasión)– no puede dejar de anotar ideas, o cómo uno puede sentirse solo como en un cuadro de Hopper, o cómo el frío de la nieve no puede hacerle sombra al frío interior tras una separación.

Antonio Aguilar en este poemario nos muestra el dolor. El mundo era otro. Y él mismo era otro. Ese otro en el que se está fuera del mundo, porque termina convirtiéndose en «la segunda persona, / la tercera, la cuarta» (Aguilar, A. 2018: 49).

Aquella persona que ya no importa. Que no le importa al otro, pero peor aún, que no se importa a sí mismo. Porque «era el miedo a que nadie nos quisiera / ni siquiera nosotros mismos» (Aguilar, A. 2018: 29). Pero es evidente que a Antonio sí hay que quererlo. En sus poemas se nos muestra, se nos da. Y eso es algo que hace que llegue la querencia. Quienes no lo hayan leído anteriormente, cuando lo lean, lo querrán. Es inevitable.

Y, sin embargo, a pesar del dolor, Antonio Aguilar nos muestra la bondad, el respeto. En el poema «La belleza del marido», Antonio Aguilar nos dice: «De contar nuestra historia, / me dije, debes ser honesto, ser indulgente / (...) sé indulgente con ella, dale el aura / de la inocencia, di que al menos / no supo lo que hacía» (Aguilar, A. 2018: 17). La bondad. El respeto. Características que aparecen en sus poemas pero que son también del propio Antonio Aguilar. Así, incluso cuando quiere contar lo oscuro, lo turbio, hay un halo de generosidad.

« [N]o supo lo que hacía» (Aguilar, A. 2018: 17). ¿Y nosotros?, ¿sabemos lo que hacemos? Quizás aún no cuando nos adentramos a leer este libro...

Quizás aún no porque Antonio Aguilar por lo general es un poeta alegre, sincero, optimista, y –como decíamos anteriormente– en esta ocasión está la oscuridad. La esperanza en este caso se asemeja a una flor que se pudre, y esa fruta que ya no está. Esa «fruta que sacia mi hambre» (Aguilar, A. 2018: 45) y que se ha convertido en pisadas, y en distancia. Sin embargo, una nueva primavera puede llegar, una donde anide nuevamente «lo que no es decepción, /ni hastío, ni derrota» (Aguilar, A. 2018: 43), porque la nueva vida sigue. Vuelve a verse la luz. Y en *La noche del incendio* ya la fruta del amor es de nuevo una fruta madura: «es algo que sucede, / sin más, / la sazón de una fruta, / que devoramos» (Aguilar, A. 2015: 34).

«Antes de ti la noche era un brocal / (...) y ahora es la caída y tu canción / y el tintineo de una piedra / que espera el fondo del abismo. / Pero, ¿existe el fondo del abismo? » (Aguilar, A. 2015: 22). La caracola que ya no nos guarda la canción del viento y se convierte en «la boca desdentada del oráculo» (Aguilar, A. 2018: 19), esa que es una «caja de música inservible» (Aguilar, A. 2018: 19) puede ser redimida por la canción en la voz tenue del amado. La canción que llegará mucho después, casi tras esa década en donde nos encontramos en la última parte del poemario. Pero es de nuevo la canción del viento, como canciones al viento son las palabras de Aguilar.

«Filtré la arena de la playa entre los dedos / para encontrar los restos del naufragio» (Aguilar, A. 2018: 19) y aunque «[l]a noche tuvo entonces su silencio propio/ (...) Ahora, entre los dedos, ya sin rabia, / cae el polvo de una verdad cualquiera» (Aguilar, A. 2018: 59). La arena y el polvo se filtran en las manos, y al final desaparece sin dolor. Ceniza de lo que fue.

Porque, a pesar de todo, se da el renacimiento. Y lo único permanente en la vida es el cambio. Trazamos un mapa en nuestras vidas, invisible, y de pronto debes construirlo, dibujarlo. Y todos sabemos que «un mapa también / debe tener sus puntos cardinales, / no lo olvidas, un punto al menos / al que poder llegar, de noche, / con los ojos cerrados / como quien vuelve a casa» (Aguilar, A. 2018: 25).

Un punto al que llegar con los ojos cerrados como quien vuelve a casa como nos pasa con la poesía de Antonio Aguilar, a la que volvemos, siempre, con

los ojos cerrados, con los buenos momentos, con los malos, pero con la certeza. Se ha llegado. A casa.

Con estas canciones Antonio Aguilar ha sido valiente. Ha mostrado los rotos. A veces las palabras tejen redes de afinidad. A veces nos hacen que, sin darnos cuenta, siempre queramos estar. Para oírlo, para cantarlo, para abrazarlo, desde la distancia cercana de aquel que nos contó. Para borrar los vacíos que llenan los silencios. Todo eso podemos encontrar, en este caso, en esas canciones que se cantan el día de después.

***Isabel Abellán Chuecos***  
*Universidad de Murcia*